

El porqué de la educación humanística del joven

1. Actualidad

Bajo el título general de «Actualidad de las Humanidades», la REVUE NOUVELLE de Bruselas dedica su número de Agosto último especialmente al estudio de algunos aspectos relacionados con nuestro tema ¹. La copiosa bibliografía sobre él se halla recogida o indicada en la amplia obra, HUMANIDADES CLÁSICAS, de nuestro Arturo M.^a Cayuela, publicada en 1940 ². Las perspectivas recientes hacia un Humanismo de horizontes más dilatados, pueden verse en las obras notables de los Profesores Moeller de Lovaina y Meylan de Lausanne ³,

2. La noción

En nuestros días se da por verdad elemental e indiscutible que las Humanidades son para formar, no sólo las inteligencias, sino la persona humana integralmente ⁴. El principio fundamental, del que teóricamente parte la ideología del humanismo, es la superior dignidad de la persona humana, por la que el hombre es el valor supremo de la creación visible, al que por su origen trascendente y su

¹ La Revue Nouvelle... d' intérêt général 18 (1953) 3-37.

² A. CAYUELA, S. J., *Humanidades Clásicas*, Zaragoza, 1940.

³ CH. MOELLER, *Humanisme et Sainteté*, Casterman, 1946; *Sagesse grecque et paradoxe Chrétien*, Casterman, 1948. L. MEYLAN, *Les Humanités et la personne*. Esquisse d' une philosophie de l' enseignement humanist. Neuchatel, 1950, Véase F. CHARMOT, S. J., *El Humanismo y lo humano*: versión de E. I. Granero. Buenos Aires, 1945.

⁴ DOELER Y MEYLAN, cf. La Rev. Nouv. 18 (1953) 6; CAYUELA, *Humanidades* 4 (1952) 203-207. J. MARITAIN, *Humanisme intégral* (1847) F. CHARMOT, *l. c'*

destino eterno están ordenados y subordinados todos los demás valores del mundo que le rodea. «Todas las cosas son vuestras— dice S. Pablo— *pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios*» (1 Cor. 3, 22). Depurado de relativismo, los humanistas siguen el principio de Protágoras: πάντων χρημάτων μέτρον ἐστὶν ἄνθρωπος (Diog. L. 9, 51).

De ahí que la finalidad propia de la educación humanística es despertar y arraigar en el alma del joven el más fino espíritu de *humanidad*, enseñándole a descubrir y estimar lo humano por encima de todo: lo que son los hombres, lo que han pensado, lo que han escrito, lo que han anhelado y lo que han hecho los hombres, que en sus ansias nobilísimas de prosecución de la verdad, del bien y de la belleza, se han acercado al hombre ideal y eterno, al hombre ejemplar que sobrevive a través de los siglos y sigue siendo maestro de la humanidad en sus obras inmortales. La educación humanística es la que imprime el sentido humano de la medida, del buen gusto, de la proporción, del método, del equilibrio, de la armonía; es la que enseña a advertir y estimar las realidades espirituales por encima de los demás valores efímeros de las cosas; es la que comunica al estilo, lo mismo en los escritos que en las conversaciones y actitudes, los encantos de la claridad, la precisión, la lozanía y la elegancia, que tanto enaltecen el pensamiento humano.

La educación humanística aspira a hacer de los ciudadanos hombres verdaderos, cabales y perfectos, porque les enseña a apreciar méritos y valores; les hace abiertos y sensibles a todas las nobles manifestaciones del espíritu humano; les acostumbra a internarse con gusto en los estudios históricos, sociales y políticos; les habitúa a elevarse a las más altas especulaciones de la filosofía, de la religión y del derecho; les adentra en la plácida contemplación de la naturaleza y del arte; les capacita para el noble deleite de la seguridad y precisión de las ciencias exactas y de la crítica.

La educación humanística abarca al hombre entero, en todo cuanto en él hay de verdaderamente humano; y por eso su norte es el desarrollo pleno, equilibrado y armónico de su inteligencia, de su voluntad, de su corazón, de todas sus facultades y virtualidades humanas, de modo que el alma sana y alegre posea, en la perfección posible, la lucidez de la mente, el vigor de la voluntad, el equilibrio del corazón, el dominio de todas sus facultades, para poder disfru-

tar con plenitud e intensamente de todo cuanto de verdad, de bien y de belleza atesora el presente de la vida real, noblemente orientada al ideal de su destino eterno.

No se puede considerar perfectamente formado el hombre que no tiene armónica y equilibradamente desarrolladas todas sus facultades humanas, que no sabe dejarse impresionar de las cosas en el grado y medida que se merecen, que o perezosamente insensible o febrilmente impresionable, abandona el puesto de dominio que le está asignado en la creación ⁵.

La educación humanística forma hombres que, para ser sabios, no necesitan dejar de ser hombres comprensivos y de afable convivencia social con los demás; hombres que, si son los llamados a ser los magnates de la inteligencia y los adelantados de la investigación, sean a la vez humanos y sepan poner sus conocimientos al alcance de sus semejantes; ingenieros que sepan medir los abismos que distancian las almas, tan bien como los que separan los cuerpos; abogados que acierten a penetrar el sentido profundo de las leyes que la naturaleza ha impreso en el alma del padre, del esposo, del adolescente y del atribulado, lo mismo que las escritas por los hombres en los códigos del Derecho; médicos tan certeros en el diagnóstico de los sufrimientos de las almas como en el tratamiento de las enfermedades del cuerpo; gobernantes tan perspicaces para prever el alcance y resultados político-sociales de sus disposiciones, como sensibles para captar los latidos más íntimos de los sentimientos y predilecciones del pueblo; sacerdotes tan familiarizados y unidos con Dios, como generosamente entregados al cultivo y santificación de las almas. La educación humanística es el fondo más adecuado para dar a todos los profesionales ese matiz dulce de humanidad y comprensión que tanto los avalora.

Según lo que precede, podemos decir que la educación humanística no es más que la natural valoración y puesta en marcha de la persona y facultades todas del hombre; y, por consiguiente, que a ninguno debiera privársele de ese medio eficaz de connatural expansión de su mismo ser.

⁵ I. ERRANDONEA, *El por qué de los Clásicos en la Enseñanza: Razón y Fe*, 77 (1926) 495-510. Del mismo: *Más sobre los Clásicos: Razón y Fe*, 78 (1927) 388-597; *Deslindando el campo clásico: Razón y Fe*, 79 (1927) 219-233.

3. Dos grados

Aunque, según queda definida, la educación humanística conviene que sea el ejercicio de toda la vida del hombre, ya desde el instante en que su inteligencia despierta a la reflexión; sin embargo pueden y suelen distinguirse en ella dos grados y períodos principales. El primero, que es el básico, esencial e indispensable, corresponde a la enseñanza media del adolescente; el segundo, complementario y de perfeccionamiento o diferenciación, es el de la enseñanza superior del joven universitario.

4. En la enseñanza media

A la educación humanística de la enseñanza media se refieren casi exclusivamente la mayor parte de los tratadistas que se dedicaron a estudiarla. Y no sin razón, pues siendo ésta la básica y esencial, una vez adquirida en la adolescencia, seguirá actuando espontáneamente por sí misma en la valoración o aprecio de las cosas y en la aplicación o empleo de las facultades del hombre, en las siguientes fases de toda su vida.

La enseñanza humanística media la reducen principalísimamente al conocimiento de los grandes modelos clásicos de la cultura de Grecia y Roma. Pero como ya hace tiempo advirtió con acierto Don Carlos Ruiz del Castillo, «Los estudios clásicos no se agotan con la enseñanza del griego y del latín y de sus literaturas respectivas; sino que llegan a profundizar en el sentido de una cultura que contiene la revelación de los valores humanos más altos y duraderos. Y esa cultura es una inspiración, un valor ejemplar, de naturaleza ideal, un método para el cultivo de la inteligencia y para el desarrollo armónico de las facultades del espíritu. No consiste precisamente en una cantidad de conocimientos ni en la contemplación de las bellas ruinas de un pasado muerto; sino en la disciplina interior, profundamente humana, que es justamente tendencia amorosa hacia el orden y la claridad, sentido de medida y de proporción, belleza del equi-

librio, y armonía de todos los potenciales de la vida; y por eso es de un valor pedagógico supremo e inagotable»⁶.

¿De dónde les viene a los Clásicos esa fuerza educadora, evidente, incontrastable y fecunda, tan preferida y recomendada por los educadores de habla inglesa?⁷

Dos cualidades, entre otras, posee el clasicismo greco-romano, que son las más aptas para educar el espíritu y el corazón, tales como él los concibe: de verdad *humanos*. Son la *sencillez* de la búsqueda y la *sinceridad* de la expresión. Me refiero especialmente a los griegos, ya que a ellos deben y atribuyen los romanos lo mejor de su ilustración y cultura.

La sencillez, la naturalidad, el candor casi infantil, con que los griegos miraban las cosas, son verdaderamente admirables. El griego se asoma a la naturaleza, como un niño sonriente mira a un horizonte nuevo, y sin dejarse llevar ni de la rutina de lo ya conocido ni del arrebató de lo inesperado, lo contempla todo con sencillez y con cariño, lo observa agradablemente sorprendido, y gusta de recoger el rasgo que más ha cautivado los abiertos ojos de su alma. El griego se dirige al mundo que le rodea con la naturalidad más encantadora, y con su mirar sencillo, no sólo acierta a sorprender los momentos más interesantes de los sucesos, las actitudes más bellas de las acciones, los rasgos más característicos de las cosas; sino que llevado de su infantil e insaciable curiosidad, va asiduamente preguntando el por qué de todo cuanto observa. Y como la curiosidad es madre de la sabiduría, al conjuro de sus ingenuas preguntas, la naturaleza va revelando al griego, con mayor o menor claridad, gran parte de los secretos recónditos de las ciencias.

Euclides, en busca de la verdad, avanza seguro, de consecuencia en consecuencia, por los vastos e inexplorados dominios de las ciencias exactas.

Arquímedes lucha imperturbable y con éxito, hasta someter la materia a las leyes inexorables que la Matemática le ha dictado.

⁶ G. RUIZ DEL CASTILLO, *De la vida universitaria, síntomas de renacimiento*: El Debate, 22-3-1927.

⁷ I. ERRANDONEA, *El por qué de los Clásicos: Razón y Fe*, 71 (1926) 497-500
A. M. CAYUELA, *¿Griego...? ¿Para qué?* Humanidades, 5 (1953) 179-198.

Platón y Aristóteles, en altura y penetración filosófica, llegaron a concebir sistemas tan perfectos, que habían de servir a San Agustín y a Santo Tomás como base de explicación razonable de los mismos misterios de la revelación.

Heródoto y Tucídides, por los que es nativa de Grecia el arte de la Historia, sufren bien el careo con los dos más insignes historiadores que pudieran presentarnos otras Naciones.

En el drama, si algún pueblo cree tener un dramaturgo que supere a *Esquilo*, o a *Sófocles*, o a *Eurípides*, ninguna literatura puede presentar una terna comparable a la de esos tres grandes colosos de perfección y fuerza creadora.

La Ilíada y la Odisea, finalmente, son las dos epopeyas más grandiosas y evocadoras, tormento cruel de cuantos han tratado de imitarlas, objeto inagotable de estudio crítico y artístico, en las que las inauditas aventuras del guerrero, con el ruido de las armas y el chocar de los carros de combate, han hallado la más sorprendente y admirable hermandad con la gracia apacible de las narraciones ingenuas, la sobriedad elegante del ornato poético, la unidad y armonía de las formas artísticas.

No es de extrañar que el íntimo contacto con esos modelos incomparables de saber y de arte, que logra la educación humanística, despierte y desarrolle en el adolescente el mismo espíritu de investigación, tan necesario para el progreso de las ciencias; el mismo sentido de belleza, tan propio del artista; el mismo gusto del equilibrio y la armonía, que tanto ennoblecen al hombre perfecto.

La sinceridad es la otra cualidad excelsa de los grandes modelos de la cultura griega. Si el griego mira al mundo exterior con suma sencillez, el mundo interior de su alma lo manifiesta con absoluta sinceridad. Su alma se asoma inocente a cada una de sus palabras, y su carácter se revela diáfano en todas sus acciones.

El conocimiento del corazón humano, que posee el griego, es muy profundo, y los análisis introspectivos hechos por Aristóteles llegaron a tan elevada penetración de todo lo natural, espontáneo, normal y consciente de la psicología humana, que casi no han dejado a la psicología moderna más que el estudio de lo fisiológico, de lo anormal, de lo inconsciente, de lo neurótico y de lo mecánico.

La escultura griega abomina de las actitudes en que el hombre no se presenta al natural, airoso, sereno, agraciado y equilibrado.

Su arquitectura aborrece las exageradas alturas de las puertas egipcias, rechaza las dimensiones descomunales de las líneas sin proporción, y fija la medida armónica de los elementos arquitectónicos, adoptando por base naturalísima el canon de la estatura y proporciones del organismo humano, según el ideal que un Fidias o un Praxíteles supieron hacer realidad en sus estatuas de hombre, en las que un alma noble, sana y equilibrada se trasparenta en un cuerpo vigoroso, arrogante, armónico y esbelto.

La educación humanística clásica se recomienda por la virtud que tiene para formar a todo hombre; porque en los grandes modelos de Grecia está reflejado con plena sinceridad el hombre todo; su inteligencia, su voluntad, su corazón, sus pasiones, sus gustos, sus repugnancias, sus leyes morales, sus mismos gestos y formas externas, y todo ello certeramente combinado en un cuadro perfecto de equilibrio, nobleza y armonía.

Esos frutos del humanismo clásico los vió bien Menéndez y Pelayo en Cervantes cuando dijo:

«El espíritu del humanismo clásico había penetrado en lo más hondo del alma de Cervantes, y se manifestaba en él por lo claro y armónico de la composición; por el buen gusto, que rara vez falla, aun en los pasos más difíciles y escabrosos; por cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial; por un buen humor reflexivo y sereno, que parece la suprema ironía de quien había andado mucho mundo y sufrido muchos descalabros en la vida, sin que llegasen a empañar la olímpica serenidad de su alma, no sabemos si regocijada o resignada»⁸.

5. En la enseñanza universitaria

Según el principio general, del que hemos dicho que procedía el concepto amplio de Humanismo, todas las cosas del mundo visible dicen relación de ordenación y subordinación al hombre, y de ahí les viene su interés humano, bajo el cual deben estudiarlas las distintas ciencias. Siendo esto así, la educación humanística en su fi-

⁸ MENÉNDEZ Y PELAYO, *Estudios de crítica histórica y literaria*, I, *Cultura literaria de Miguel de Cervantes*. Edic. Nacional, I (1911), p. 328.

nalidad y en sus métodos debe extenderse, no sólo a los estudios universitarios de lenguas y literaturas tanto antiguas como modernas, sino también a los de filosofía y pedagogía, a los de derecho y sociología, a los de geografía e historia, a los de medicina y ciencias naturales, a los de ciencias físicas y matemáticas, a los de religión y de moral, en una palabra, a todas las disciplinas que dicen relación al hombre como tal y sean aptas para ofrecer a la consideración y estudio del joven educando los mejores modelos, más idealmente humanos y de más interés humano, que han ido apareciendo en el mundo.

Esa visión de ejemplaridad, que el estudio profundo proporciona, despertará en el joven la noble ambición de asimilarse esas dotes ideales, que el hombre de todas las latitudes, de todos los tiempos y de todas las razas ha dejado en rica herencia a la humanidad entera. Nos parece injusto identificar sencillamente el humanismo clásico, que es el de una latitud, de una época y de una ideología determinadas, con el humanismo integral y sin apelativos, que aspira a realizar el tipo ideal del hombre perfecto. A lograr éste creemos que pueden contribuir armónicamente las diversas corrientes culturales de la humanidad entera: las antiguas y las modernas, las nacionales y las universales, la grecolatina y la cristiana ⁹.

Comparando la inmortal *Electra* de Sófocles con sus dos insignes imitaciones, *Hamlet* de Shakespeare y *La vida es sueño* de Calderón, se acierta a valorar mejor la fuerza de ejemplaridad que contiene la obra del griego; pero se descubren también matices superiores de heroísmo y espiritualidad, que el dramaturgo inglés y sobre todo nuestro inmortal Calderón han sabido añadir con grande acierto a su modelo. Y en el arte, sabido es que la arquitectura gótica es una admirable conquista de la idea cristiana. En su lucha por lograr que el espíritu domine a la materia, ha conseguido ese bello

⁹ A. CAYUELA, *A propósito de un libro importante de Humanidades* (el del Dr. L. Meylan): *Humanidades*, 4 (1952) 203-207. Singularmente opina lo contrario R. PANIKER, *El Cristianismo no es un Humanismo*: *Arbor*, 18 (1951) 165-186. Le contradicen A. MUÑOZ ALONSO: *Arriba*, 8-IV-1951 y A. G. DE LAMA: *Correo literario*, 1-IV-1941. Véase E. GUERRERO, *Sobre Humanismo Cristiano*: *Razón y Fe*, 143 (1951) 621-632.

ideal del mayor espiritualismo con el mínimo de materia, de la máxima esbeltez con la más sólida estabilidad de sus templos.

Si sería injusto recortar los horizontes humanos de la cultura del hombre, mucho más funesto sería privarla de sus perspectivas divinas. En el último de los capítulos de su notable obra, el protestante, Profesor de Lausanne, Luis Meylan, lealmente condena la escuela humanista sin Dios. Piensa que si las Humanidades han de dar al joven la visión del hombre ideal y le han de disponer para realizar en sí mismo esa aspiración nobilísima, incurriría en un grave absurdo el Profesor, y más aún el Dirigente de la Educación nacional, que obligasen a implantar una enseñanza humanística, de la que estuviesen desterradas las nociones de Dios, de religión y de conciencia moral. A tal concepto de pedagogía humanística le faltaría lo que en el ideal humano ocupa el puesto supremo de las aspiraciones del hombre ¹⁰.

Buscando la razón más profunda de esto, el Profesor de Lovaina, Carlos Moeller, compara el ideal humano de los Clásicos de Grecia y Roma, con el de los autores cristianos, como Shakespeare, Montaigne, Goethe, Cervantes y el Dante, pronunciándose con admiración por el ideal realísimo del Quijote, en el que alcanzan la más sublime hermandad la locura y la sabiduría humanas ¹¹. Y considerando que no puede ser perfecta la educación humanística que no ofrezca solución adecuada a los problemas del mal, del sufrimiento y de la muerte, analiza primero las soluciones intentadas o propuestas por Homero, los filósofos y los trágicos griegos, por Cicerón, Virgilio y otros autores clásicos; pasa después a examinar las soluciones dadas por Shakespeare, Racine, Dostoiewski y el Dante, para concluir con un himno de alabanza a Dios, que con su revelación cristiana hizo posible la poesía sin igual de la *Divina Comedia*, terminando con la afirmación, de que aun los mismos incrédulos reconocen que en el Cristianismo se halla el más bello ideal posible de humanidad ¹².

¹⁰ L. MEYLAN, *Les Humanités et la personne*. Esquisse d' une philosophie de l' enseignement humanist, Neuchatel, 1950.

¹¹ CH. MOELLER, *Humanisme et Sainteté*, Casterman, 1946.

¹² CH. MOELLER, *Sagesse grecque et paradoxe chrétien*, Casterman, 1948. Lo mismo defiende J. LALOUP, *Humanisme et Christianisme*: La Revue Nouvelle, 18

Sería fatal confundir el espíritu humanista de los griegos paganos con el espíritu pagano de los griegos humanistas. El verdadero humanismo cristiano contiene todo lo bueno del humanismo clásico, liberado de sus muchos errores e impurezas y elevado a un sentido de espiritualidad tan sublime, que sólo en él se puede hallar el ideal sumo del eterno abrazo de paz de lo divino y lo humano.

6. El Humanismo universitario

¿Cómo emplear la educación humanística en los mismos centros de especialización, cuales son las Universidades? Creemos que de dos maneras, la una directa y la otra indirecta.

Directamente la educación humanística, en su propia tendencia o finalidad y en sus métodos característicos, creemos que debiera imperar en todas aquellas Facultades o disciplinas universitarias que por su índole la reclaman, cuales son las de Lenguas, Letras, Bellas Artes, Humanidades, Historia, Filosofía, Teología y otras. Estas disciplinas, aun siendo de especialización en la Universidad, y debiendo, por lo tanto, estudiarse todo lo profunda y ampliamente que sea posible, sin embargo debieran tratarse con la misma orientación humana y con los mismos métodos de análisis, penetración y asimilación, tan conocidos y recomendados para el estudio de las Humanidades clásicas, como se hace en la célebre Universidad de Oxford.

Indirectamente la educación humanística debiera penetrar en todas las Facultades de la Universidad por medio de los Profesores. Todo Profesor, no sólo de estudios humanísticos en la enseñanza media, sino también de toda clase de estudios universitarios, debiera tener temperamento y formación de humanista. Es decir, ha de ser *un hombre*, en el que sea realidad tangible el equilibrio de la

(1953) 17-22. Asienten N. BERDIAEFF, *Una nueva Edad Media*: Versión de J. Renom (1938), p. 9-91, J. MARITAIN, *Humanisme intégral* (1947), F. CHARMOT, *l. c.* en nota 3. E. MASURE, *L' Humanisme Chrétien*: Doce artículos en *Revue Apologétique* (1923-1926) tomos 35-41.

inteligencia, de la voluntad y del corazón; ha de ser *un humanista*, que con su vasta cultura y recto juicio se complazca en recurrir incesantemente a estas dos fuentes de información, el hombre de siempre y el hombre de hoy: ha de ser, finalmente, *un maestro*, poco inclinado a creer en la infalibilidad de sus propias fórmulas, siempre dispuesto a revisar sus posiciones y métodos en humilde colaboración con sus colegas, y que sepa y guste adaptarse al nivel intelectual de sus alumnos ¹³.

Un Profesor así, de temperamento y formación humanista, sabrá informar vitalmente y como impregnar de espíritu e interés humano todas las disciplinas o asignaturas que se le confíen. Sensible él para captar la vibración humana de las cosas, templado estéticamente para percibir y hacer resaltar su belleza, acertará, como por instinto, a comunicar el mismo interés y el mismo placer artístico a sus oyentes. Los alumnos que han tenido la inmensa fortuna de ser educados por un tal Profesor, recuerdan gratamente que un algo indefinible de fruición y de esperanza les hacía sus clases amenas y formativas. Y no es que les cautivara la elocuencia, o les abrumara la erudición, o les admiraran los destellos de inteligencia del maestro: nada de eso. Al contrario, les parece que para nada se fijaban en la persona misma y cualidades de él; sino que la apersonalidad de sus explicaciones, la naturalidad y nitidez de sus razonamientos, el acierto sin rebusques de sus observaciones marginales, lo atinado de sus espontáneas aplicaciones o derivaciones a la vida humana y todos los demás elementos de que se valía en sus lecciones, de tal manera centraban la mente y el afecto del oyente en los mismos objetos de la explicación, como si aquellos razonamientos, aquellas perspectivas, aquellas observaciones y aquellas consecuencias humanas fueran brotando espontánea y naturalmente de las mentes y corazones de los alumnos.

El Profesor temperamentamente humanista adoptará también en la explicación de sus asignaturas el canon sapientísimo del *método humanista*. No son ciertamente despreciables la información y la erudición, pero es sin duda de un valor educacional incomparablemente superior la profunda penetración y la firme posesión de

¹³ J. L. *La formation du Professeur*: La Rev. Nouv. 18 (1955) 25-27.

las cosas. Por eso el Profesor perfecto es siempre sobrio en todo aquello, que más que formar, tiende a cargar y fatigar sin provecho las facultades del alumno. Todo lo que sea posesión perfecta de los grandes y fecundos principios de cada ciencia, todo lo que significa adiestramiento y agilidad en el seguro empleo de los métodos adecuados, todo eso es lo que primordialmente aspira a comunicar a sus discípulos el gran Profesor de cualquiera de las ciencias. El estudio profundo y sentido de los grandes modelos, el método de análisis, penetración y asimilación de ellos; he ahí los dos railes por los que avanza seguro el estudio de las Humanidades. Pues los mismos creemos que son, en su tanto, aplicables, y con provecho, al estudio de las demás ciencias.

7. Recapitulando

La educación humanística es, a nuestro juicio, la mejor y más perfecta para formar al joven. La razón es, porque en sus dos grados de enseñanza media y superior, tiene su propia y la misma finalidad excelsa, de desarrollar plena y perfectamente todas las facultades del hombre. Por eso juzgamos muy atinada la observación del Profesor de Universidad Lameere cuando dice «que es un grave error, aun desde el punto de vista de la formación intelectual de los que aspiran a estudios universitarios, el considerar la enseñanza secundaria como preparación para la Universidad»¹⁴. Esa preparación se obtiene de la educación humanística, pero como efecto secundario, en cuanto que, desarrolladas plenamente sus facultades humanas, obtiene el joven aquella madurez de espíritu y aquel caudal de conocimientos que le capacitan perfectamente para los más altos estudios de especialización universitaria.

En el orden de la actual Providencia, el joven lleva necesariamente en sí mismo un espíritu *humano*, un sentimiento *nacional*, una aspiración *universalista*, y un carácter *cristiano*. La educación humanística, si ha de ser completa y perfecta, ha de aspirar al desarro-

¹⁴ J. LAMEERE, citado por R. DE LE COURT, *Surmenage et méhtodes d' enseignement*: La Rev. Nouv. 18 (1953) 10-16.

llo armónico y adecuado de todas las facultades humanas, orientadas según esas cuatro directrices.

El humanismo clásico de la enseñanza media atiende al desarrollo humano general, y es la mejor base para el ulterior desenvolvimiento, también humano, de la enseñanza universitaria. Pero para mayor eficacia en el rendimiento y para seguir edificando siempre sobre base segura y bien establecida, es necesario que la ulterior educación universitaria tenga la misma *orientación fundamental humana* y emplee *los mismos probados métodos*, que provoquen el normal y fácil y connatural desarrollo del mismo hombre en sus fases superiores de perfeccionamiento universitario, según las mismas cuatro directrices antes indicadas ¹⁵.

De esta suerte creemos poder lograr para nuestras juventudes el cabal desarrollo de una *personalidad* que sea a la vez *humana, nacional, universal y cristiana* ¹⁶.

JOAQUIN SALAVERRI, S. J.
Univ. Pontif. de Comillas.

¹⁵ STO. TOMÁS, en su estudio *Del Maestro*, da la razón más honda que exige toda la sobriedad y profundidad del método humanista: *De veritate* q. 11 a. 1-4; S. th. 1 q. 117 a. 1; 2. 2 q. 181 a. 3.

¹⁶ Esta ponencia fué aprobada por la *Asamblea de Universidades Hispánicas* (Madrid 3-8-X-1953), como base de sus recomendaciones sobre la educación humanística.